

Primer Premio - Marina Casado Hernández
Alumna de 3º de Periodismo

EL NOMBRE

He escuchado decenas, tal vez cientos de nombres diferentes en todos los años que conoce mi existencia. Nombres más o menos bonitos, graciosos o ajustados a la personalidad de quien los posee. Pero hay un nombre que nunca seré capaz de olvidar, por todo lo que supuso en un momento clave de mi vida, por todo lo que aún sigue suponiendo, a pesar de que los años hayan suavizado los recuerdos con esa luz tan sugestiva y crepuscular en la que queda sumido el pasado. Recuerdo bien ese nombre porque, al contrario de como viene siendo habitual, lo conocí antes que a su poseedor. De hecho, aún me pregunto si conocí realmente a éste, o no fue más que una consecuencia ficticia de la fulgurante presencia, de la arrasadora fuerza contenida en aquel nombre.

El día en que escucharía por primera vez el nombre era un miércoles cualquiera, uno de esos miércoles de febrero en los que Madrid despierta con la mirada empañada de niebla y tiñe la ciudad de tonos grises y plomizos de película antigua. Todo parecía más frío desde aquel banco de piedra del campus de Humanidades de la universidad Carlos III, y sentía que mis manos se iban a congelar de un momento a otro si no me terminaba de comer el bocadillo de tortilla para poder volver a ponerme los guantes. Lo normal hubiera sido comer dentro de la cafetería en aquella época del año, pero no me gustaba el ambiente de la cafetería, como tampoco me gustaba sentarme sola en una mesa mientras a mi alrededor todos bromeaban y charlaban animadamente. No, decididamente prefería contemplarlo todo desde la distancia; contemplar a los estudiantes que formaban corro en la puerta del Edificio 14, a los profesores que pasaban como una flecha por el camino que dividía en dos el jardín, a los adolescentes que acudían con sus tutores para visitar la universidad y que lo miraban todo con ojillos curiosos, como si aquel mundo perteneciera todavía a un ámbito demasiado lejano. En primavera, todo era más alegre. En primavera la gente se sentaba a comer sobre el césped del jardín y a mediodía la caricia del sol sobre la piel adormecía las inquietudes. Pero aquel invierno estaba siendo especialmente crudo.

De repente, alguien se detuvo frente a mí, fragmentando mi débil burbuja de aislamiento, y me llamó por mi nombre.

-¿Alicia Martínez?

-Sí, soy yo.

No se me ocurrió nada mejor que decir a una profesora que jamás había usado mi nombre hasta ese momento. Judit Rovira me observó con detenimiento, casi diría curiosidad, antes de pronunciar las siguientes palabras:

-Pásese por mi despacho antes de las cuatro; tenemos que hablar sobre su trabajo de la Guerra fría.

-De acuerdo- musité, un poco confusa.

Sin darme tiempo a formular una sola pregunta, la mujer se alejó a grandes zancadas hacia la facultad de Ciencias de la comunicación y me dejó sumida en una profunda perplejidad. ¿Qué habría pasado? Tenía la íntima convicción de que no era algo bueno precisamente lo que querría mostrarme. Pero, ¿qué podría tener en contra de aquel trabajo? Estaba segura de que lo había hecho bien, después de varios días

escribiendo y corrigiendo mi opinión sobre la Guerra fría. Me había ocupado tres páginas. ¿Sería tal vez por eso, porque era demasiado largo?

Me arrepentí una vez más de haber elegido Periodismo cuando terminé el Bachillerato. No era lo mío; yo no tenía habilidades sociales, y si bien me gustaba escribir, mis intereses se reducían al campo de la ficción. La realidad y yo siempre hemos sido dos conceptos incompatibles. El único motivo de que hubiera aguantado hasta el segundo cuatrimestre del segundo curso era mi brillante expediente académico. Pero en ese momento, una profesora me acababa de mandar pasarme por su despacho para hablar sobre un trabajo. Y yo sabía que no podía tratarse de nada bueno.

Minutos más tarde, caminaba lentamente por el pasillo donde se situaban todos los despachos de los profesores, deteniéndome frente al de Judit Rovira. Suspiré y golpeé la puerta con los nudillos, a pesar de que estaba entreabierta. Qué poco me ha gustado siempre relacionarme con los profesores. ¿Timidez? Es posible.

-Adelante- dijo una voz conocida desde dentro.

-Buenas tardes- farfullé mientras entraba en la habitación con pasos inseguros.

-Cierre la puerta y tome asiento, por favor.

Obedecí y arrimé la silla junto a su mesa. Pasaron unos instantes en los que se quedó mirándome sin mencionar la más mínima palabra. Yo aparté la mirada, incómoda. Decididamente, no me gustaba aquella mujer. Estaba en calidad de sustituta, puesto que la profesora que habitualmente impartía esa materia había pedido la baja por maternidad. Y en muchas ocasiones se notaba su inexperiencia con los alumnos.

-Quería hablar con usted del trabajo, como le he dicho.

Su voz tampoco me gustaba, pensé. En apariencia dulce, poseía sin embargo un deje de frialdad que no me pasaba desapercibido. Sus ojos, de un azul furioso, me taladraban desde su pálido y afilado rostro.

-¿Ocurre algo?- pregunté, incómoda por la tensión que se estaba creando.

-Una de las condiciones era que fuese un escrito original.

La miré sin comprender.

-Ha copiado- sentenció, consiguiendo que mis ojos se abrieran desmesuradamente.

-¿Copiar? ¿¿Yo?? ¡No es posible!

-Me ha entregado un trabajo idéntico al que me entregó un alumno el año pasado para esta misma asignatura.

-Debe de haber un error, no es posible- repetí, sintiendo un sudor frío que se extendía por las palmas de mis manos.

-Tengo aquí mismo la prueba- replicó calmadamente, abriendo un cajón del escritorio y sacando unas hojas encuadernadas que depositó en la mesa -. Puede revisarlo, si quiere; aunque tanto usted como yo sabemos que resulta algo innecesario.

Ignorando sus últimas palabras, mis dedos temblorosos agarraron el cuadernillo, y aquella fue la primera vez que leí *ese nombre*. Estaba escrito por debajo del título del trabajo, que era idéntico al que yo le había puesto al mío: *Por detrás de la Guerra Fría*. Respiré hondo y volví a leer el nombre, y cada una de las letras que lo componía bailó un instante en mis pupilas.

Adrián de la Fuente

-No lo conozco- manifesté, mirando directamente a los ojos de mi profesora -; no puedo haber copiado.

Ella permaneció impasible unos instantes. Acto seguido, abrió otro cajón, del que sacó unas hojas grapadas que reconocí en el acto como mi trabajo. Lo depositó

junto al del tal Adrián y me sonrió con ironía. Yo no salía de mi desconcierto. Miré uno y otro trabajo –el mío tenía peor presentación, había que reconocerlo- y cogí el de aquel chico. Lo abrí por la primera página y comencé a leer. Entonces sentí cómo la sangre abandonaba mis venas. No necesitaba leer mi propio trabajo para reconocer aquellas mismas palabras que yo había escrito. Mientras mi respiración se aceleraba inevitablemente, comencé a pasar las páginas, deteniéndome en algunas, para comprobar con horror que el texto era idéntico. En un último intento desesperado, volví a la portada para mirar la fecha. Y lo que vi acabó de sumirme en la más absurda de las confusiones. La fecha señalaba un 13 de enero de 2008, casi un año antes del día en que yo entregué mi trabajo.

-Es... imposible- farfullé -. Debe ser... ¡No puede ser! ¡No conozco a esta persona! ¡Y yo nunca he copiado!

La miré con desesperación, notando cómo mis ojos se iban empañando de lágrimas lentamente.

-No tengo más remedio que suspenderla- informó Rovira con voz glacial.

-Pero... si yo...

Para entonces, las lágrimas corrían libremente por mis mejillas.

-Demuéstrame que se trata de un error, como usted dice, y aquí no habrá pasado nada- propuso la profesora con un tono misteriosamente inquietante.

Durante la primera media hora posterior a mi visita al despacho de Rovira, me estuve planteando seriamente la posibilidad de padecer esquizofrenia o algún tipo de amnesia parcial. En el estado en que me encontraba, decidí que lo mejor sería saltarme la clase de las cuatro. Pero, lejos de buscar una solución al enigma, me senté en un banco del jardín, ignorando la lluvia que había comenzado a caer y que se mezclaba con mis lágrimas. No hablé con nadie. Nunca suelo hablar con nadie de mis problemas. Y menos en aquella época, cuando sentía que entre el resto del mundo y yo había un cristal infranqueable. Sin embargo, en esos momentos me hubiera gustado contar con un amigo, o al menos con alguien que se dignara escucharme.

Pero, ¿por qué tanta tragedia? ¿Por suspender un trabajo que solo contaba dos puntos de la nota final de una asignatura? No; la verdadera razón era el miedo que se había apoderado de mí, miedo de no ser consciente de mis propios recuerdos.

En todo el tiempo que llevaba sentada sobre aquel banco, el jardín se había llenado de charcos y de paraguas de colores que atravesaban fugazmente el camino. Algunos, al pasar, me dirigían una efímera mirada de curiosidad. Ciertamente, debía resultar un espectáculo digno de ver: allí sentada a la intemperie, sin paraguas, sin capucha, calada hasta los huesos y con cara de encontrarme muy, muy lejos. Mi vista seguía inmersa en aquel folio donde había leído exactamente las mismas palabras que yo misma escribí. *Pero escritas por alguien que no era yo.* Resultaba absurdo, imposible.

Unos metros más allá, resguardada de la lluvia bajo el tejado de la cafetería, se recortaba la esbelta silueta de un adolescente. Tenía el cabello muy rubio y la mirada vacía, envuelta en un halo de ausencia. Supe que él tampoco se encontraba allí.

A menudo, nuestro pensamiento desarrolla mecanismos extraños que se activan ante resortes desconocidos o aparentemente absurdos. Mientras contemplaba a aquel muchacho, comprendí que no podía quedarme parada y resignarme ante la injusticia: debía resolver el enigma que se me había planteado. Y la mejor forma de hacerlo era encontrando precisamente al origen de aquel problema, que en este caso tenía nombre y apellido.

Hasta que no me puse en pie, no fui consciente del frío que se había apoderado de todos mis miembros.

Lo principal era ponerme en contacto con el tal Adrián para pedirle una explicación, así que me dirigí a una de las salas de informática de la universidad para poder entrar en el directorio digital que esta poseía. Bastaba con introducir el nombre de un alumno o profesor para que pudieras acceder a su cuenta de correo electrónico. Tecleé el nombre y esperé a que se cargara la página.

Nada. Imposible. *Cero direcciones encontradas.*

Volví a introducir el nombre, por si la página se había cargado mal. De nuevo aquellas tres palabras tan desconcertantes: *Cero direcciones encontradas. Cero.*

Así que actualmente no existía ningún alumno llamado Adrián de la Fuente. Resultaba curioso cuanto menos, puesto que si el año anterior había cursado Historia del mundo actual, una asignatura de segundo, un año después debería estar en tercero. ¿O no? *No*, me recordé a mí misma; *la gente suspende las asignaturas o las dispensa, es algo muy común para cualquiera que no sea yo; y debe presentarse a posteriores convocatorias.* Tal vez Adrián no estaba en segundo cuando cursó Historia. Incluso tal vez en aquellos momentos ya hubiera terminado la carrera, y por eso su dirección de correo de la universidad era inexistente.

Entonces decidí probar con algo que en aquellos años resultaba infalible: las redes sociales. Busqué su nombre en *Tuenti* y en *Facebook*, pero me salían decenas de personas que se llamaban igual, y comprendí que necesitaba al menos el segundo apellido para reducir las posibilidades. Tenía que volver al despacho de Rovira y hablar de nuevo con ella.

Pero Judit Rovira ya no estaba en su despacho. Por no estar, ya no estaba ni en la universidad, o al menos eso me dijo el profesor que compartía la sala con ella, aquel profesor que en esos instantes me miraba como si hubiera visto una aparición. Mi aspecto debía resultar bastante extravagante: con la ropa empapada y el pelo chorreando, exactamente igual que si me hubieran arrojado un cubo de agua encima. Después de una apresurada despedida, volví a la sala de informática para escribir inmediatamente un correo a Rovira informándola de las novedades y de la necesidad de ponerme en contacto con aquel alumno.

Al salir vi a Fabiola, una compañera que me caía realmente mal. Era de las típicas alumnas desesperadas por llamar la atención, que al final de la clase siempre asedian al profesor para tratar de caerle bien, en un arrebatado de osadía y descaro. No soportaba el balanceo de sus rizos cuando se reía hipócritamente, ni aquellos antiestéticos modelitos que llevaba para sentirse más moderna, que pretendían parecer hippies pero se quedaban en meramente estafalarios.

Sin embargo, aquella tarde vi en Fabiola una luz especial, y la miré como no la había mirado hasta entonces en los dos años que llevaba de carrera. Porque ese curso, Fabiola era delegada de mi clase. Me acerqué a la mesa donde se encontraba pasando apuntes a limpio.

-Hola- la saludé, intentando componer una sonrisa amable.

Ella levantó la mirada distraídamente, y noté que me hacía un repaso de arriba a abajo.

-Hola- respondió finalmente, pronunciando las palabras con desinterés y volviendo inmediatamente a sus apuntes.

Conmigo no tenía que molestarse en fingir aquella sonrisita permanente que solía deformar sus feas facciones. Yo no era más que la *marginada*, la *empollona*, y

como mucho servía para responder esporádicamente a sus dudas sobre las prácticas que nos mandaban o los temas que entraban en un examen.

-Oye, Fabiola- insistí, decidiendo que sería mejor ir al grano para no tener que soportar su visión más tiempo del estrictamente necesario.

-¿Qué?- respondí, volviendo a mirarme directamente, esta vez con una leve curiosidad por ser yo precisamente la que me dirigiera a ella -¿No vas a clase?

-Es que tengo cosas que hacer- respondí lacónicamente, pasando por alto el hecho de que ella tampoco había ido -. Debo ponerme en contacto con un alumno que estudió en la universidad, y he pensado que tú, por ser delegada, lo mismo tienes alguna idea de cómo hacerlo...

-Pues tengo la misma que tú- replicó -. No es algo que se me haya ocurrido nunca. ¿Hace cuánto estudió en la universidad?

-Estuvo el año pasado, eso lo sé seguro. Al menos, sé que cursó una asignatura.

-¿Y de qué carrera era? ¿Lo sabes?

-Pues sí, es decir...

Me detuve. En realidad, no lo sabía. Lo único que conocía de aquel sujeto era su nombre y que había cursado la asignatura de Historia del mundo actual. Era una asignatura troncal en la carrera de Periodismo, sí; pero también podía haberla cogido desde otra carrera como asignatura de libre elección.

-No estoy segura- dije -, pero tal vez Periodismo.

Fabiola me miró con una mezcla de desprecio y pena.

-Solo con eso no vas a ningún sitio- me informó -. Aunque yo que tú, preguntaría en la biblioteca. Si el año pasado, o incluso hace más tiempo, hubiera sacado algún libro, su nombre tendría que figurar en el registro. Y a lo mejor por el tema de los libros puedes hacerte una idea de su carrera... Luego ya sería cuestión de preguntar a gente de esa carrera, que seguramente tendría acceso de alguna forma a su expediente.

Fabiola sería una imbécil, pero había que reconocer que era capaz de pensar cuando se lo proponía. Lo de la biblioteca era algo que no se me hubiera ocurrido a mí.

La biblioteca de Humanidades tenía acceso desde el Edificio 14, y contaba con dos pisos. El primero albergaba mesas de estudio, además de un puesto desde el que unos becarios se encargaban de registrar los préstamos y ofrecer información. Precisamente hacia allí me dirigí.

-Buenas tardes- dije -, estoy buscando a un estudiante llamado Adrián de la Fuente, me gustaría saber si ha tenido alguna actividad en la biblioteca últimamente...

Ante mi extraña petición, la becaria me miró con cara de circunstancias y, encogiéndose de hombros, tecleó algo en el ordenador. Transcurrieron unos minutos en los que no levantó la mirada de la pantalla.

-Sí que figura en el registro- dijo al fin -, aunque no tiene actividad desde hace dos años y medio. Aquí consta que en el curso 2005-2006 realizó un total de doce préstamos, casi todos eran libros relacionados con la comunicación o el periodismo. Si quieres te imprimo la lista. Ah, y también hizo tres donaciones.

-¿Donaciones?

-Sí, donó tres títulos a la biblioteca ese mismo curso. ¿Quieres que te saque la información?

-Si fueras tan amable...- dije.

Una vez tuve la lista frente a mí, pude comprobar que, efectivamente, la mayor parte de títulos estaban relacionados con el periodismo. Por lo tanto, no resultaba difícil averiguar qué carrera había estudiado Adrián. Sin embargo, la información resultaba

desconcertante: ¿por qué no existía actividad desde 2006? Se suponía que en 2008 había cursado Historia. ¿Por qué no existían datos de ese año?

Antes de nada, sentí curiosidad por encontrar los tres libros que había donado, tal vez pudieran aportarme algún dato importante. Los títulos eran: *Impresiones desde la lluvia*, *El lenguaje de las miradas* y *Paisajes del sur de España*. Bajé la escalera por la que se accedía al sótano, donde se almacenaban todos los libros y revistas que albergaba la biblioteca. Se trataba de una estancia larga y ocupada por filas y filas de estanterías repletas de libros; un lugar absolutamente claustrofóbico, a mi modo de ver. En aquella época, evitaba en la medida de lo posible pedir préstamos a la biblioteca, solo por la odisea que representaba el hecho de encontrar un libro. Los títulos estaban organizados mediante un sistema de códigos y números perfectamente lógico, pero del todo incomprensible para mí. Nunca supe buscar un libro y, si alguna vez di con alguno, fue por pura casualidad o gracias a la ayuda de alguien. Por eso, mis esperanzas de tener suerte aquella vez eran bastante escasas.

No obstante, me puse a ello con todo mi empeño. Miré el código del primer título y me dirigí a la estantería que indicaba. Después de un rato buscando infructuosamente, perdí la paciencia y me dediqué en cuerpo y alma a la búsqueda del segundo. Pero volvió a repetirse la situación, y lo mismo ocurrió con el tercero. Como cada vez que intentaba buscar un libro en aquella biblioteca, tuve una inquietante sensación de atemporalidad, me encontré incapaz de saber si llevaba minutos o tal vez horas vagando por entre las estanterías. No sé en qué momento me percaté de que no estaba sola en aquel pasillo. Cerca de mí, un estudiante revisaba muy concentrado una de las estanterías, y su cara me sonó de algo. Le miré de reojo, intentando disimular, y finalmente reconocí al joven que horas antes había distinguido bajo la lluvia. Sin embargo, antes no me había fijado bien en su aspecto, y me sorprendí ligeramente. Tenía una belleza fina, de facciones angelicales; cabello rubio alborotado y pómulos marcados. No era mucho más alto que yo; más bien delgado, y llevaba un pantalón vaquero y un jersey de rayas blancas y azules. De repente, su mirada se encontró con la mía, y solo entonces me percaté de lo cerca que estaba de mí y del color gris imposible de sus ojos. Avergonzada, bajé la mirada y cogí el primer libro que encontré para disimular. Noté como él seguía mirándome unos instantes para acto seguido doblar la esquina de la estantería y desaparecer. Nada más irse, mis ojos recorrieron el espacio donde él había estado segundos antes, y me encontré pensando que jamás había visto un chico tan guapo. Reparé en que había dejado descolocado un libro, y de forma maquinal me acerqué para volver a colocarlo en su lugar. Entonces lo vi, y noté cómo mi corazón daba un vuelco: el título de aquel libro era *Paisajes del sur de España*, precisamente el tercero de los que buscaba. Era un libro de fotografías. Automáticamente, mis ojos se detuvieron en el nombre del autor, y quedé sorprendida por segunda vez en menos de un minuto: *Adrián de la Fuente*. Eso explicaba la donación. Posiblemente, también fuera el autor de los otros dos títulos.

Superada la emoción del momento, me di cuenta de lo extraño que resultaba el hecho de que fuera precisamente aquel libro el que hubiera quedado descolocado tras marcharse el muchacho rubio. Demasiada casualidad. Pero él no podía saber... ¿o sí? Rápidamente, abandoné aquel pasillo para buscarle por el sótano, sin detenerme para pensar qué le diría cuando lo encontrase. Caminé por entre estanterías iguales, dibujando a mi paso un aura de inquietud. Llegué al final de la estancia sin haberlo visto. Decidí pedir prestado el libro para ver si podía averiguar algo más.

Cuando salí a la calle, el cielo se había convertido en un manto azul oscuro, difuminadas las estrellas por la presencia vaporosa de alguna nube. Mis compañeros salían en aquellos momentos de clase, y al mirar el reloj presentí que las últimas cuatro

horas habían escapado en un suspiro. Ya era tarde para continuar con las averiguaciones, por lo que tomé la determinación de volver a casa. Extrañamente, la angustiada preocupación que había sentido nada más salir del despacho de Rovira ya no me atenazaba el corazón. Tenía una indefinible certeza de irrealidad, y lo que más me interesaba en aquellos momentos era encontrar el rastro de Adrián de la Fuente, y no ya tanto demostrar mi inocencia, porque esta resultaba evidente.

Esa noche, revisando una breve reseña de autor contenida en el libro, pude saber que había nacido en 1986, en Madrid, y que en el momento de publicarlo (2005) cursaba 2º de Periodismo en la Carlos III. Resultaba extraño que siguiera arrastrando Historia desde entonces. Buscando más datos en Internet, descubrí que la editorial del libro era una de esas que permiten que los jóvenes autores se autofinancien la publicación de libros con muy poca tirada y mínima distribución. En esa misma editorial habían sido publicados los otros dos títulos que Adrián de la Fuente, autor de los mismos, había donado a la biblioteca de la universidad. No fui capaz de encontrar ninguna dirección ni teléfono que me sirviera para ponerme en contacto con Adrián.

Antes de acostarme, revisé mi cuenta de correo de la universidad con la esperanza de encontrar una respuesta al mensaje que le había escrito a Judit Rovira esa tarde, pero la bandeja de entrada estaba vacía.

Lo primero que hice al llegar a la universidad a la mañana siguiente fue buscar a mi querida compañera Fabiola para darle todos los datos que había encontrado sobre Adrián con el fin de que ella pudiera averiguar su paradero. La encontré en la cafetería de Humanidades, engullendo un sándwich mixto junto a otra chica de cabello negro y mirada inteligente.

-Fabiola- la llamé, sin detenerme en saludos ni presentaciones.

-Ah, hola- respondió mirándome de soslayo, como quien mira a una mosca especialmente molesta.

-¿Recuerdas el chico del que te hable ayer? Con el que me tenía que poner en contacto... Tú me dijiste que era necesario averiguar algo más sobre su carrera o su curso... Bueno, pues ya sé que en 2005-2006 cursó 2º de Periodismo. ¿Crees que ahora podrías encontrar su ficha?

Por alguna razón, Fabiola parecía muy incómoda de repente. La otra chica arrugó el entrecejo y la miró.

-¿Estáis buscando una ficha?- le preguntó.

-Bueno, es ella quien la busca- respondió Fabiola evasivamente -, pero tampoco la escuché muy bien...

-Pero sí te lo conté ayer- interrumpí, invadida por la rabia -, y me dijiste que sin saber la carrera o el curso no se podía encontrar la ficha de nadie...

La chica morena parecía sorprendida, y nos miró alternativamente a Fabiola y a mí.

-Pero si Fabiola no puede acceder a los expedientes, para eso hay que tener un cargo especial- dijo -. Y Fabiola solo es delegada de clase. ¿No lo sabías?

Estupefacta, miré a Fabiola, que estaba más roja que un tomate, y experimenté un profundo odio hacia ella cuando comprendí que ella sí lo sabía.

-Puedo consultarlo yo, si quieres- me dijo la chica -; conozco a unas personas que sí tienen acceso. A propósito, me llamo Cristina.

-Me harías un gran favor...- aseguré.

Después de intercambiarnos los números de móvil, me apresuré a salir de la cafetería para no tener que seguir mirando a Fabiola. En el jardín, el aire frío cortaba la respiración. Y entonces, a lo lejos, lo vi.

Caminaba con ligereza, como flotando; envuelto en un aura de luz que inundaba el gris de la mañana. Parecía un ángel. Y recordé aquellos versos de Cernuda: *En medio de la multitud lo vi pasar, / con sus ojos tan rubios como la cabellera...*

Cuando pude reaccionar, apreté el paso para lograr alcanzarle. No sabía lo que tenía que decirle, solo sabía que *tenía que hacerlo*. Pero llegó antes que yo al edificio donde se encuentra la biblioteca de Humanidades, y cuando entré comprobé con pesar que lo había perdido de vista. Sin embargo, una chica se acercó a mí.

-Oye, un chaval rubio acaba de decirnos que ibas a pasar, que te dijéramos que buscaras a un tal Rojas... Emilio Rojas.

Miré a la chica, estupefacta.

-¿Un chaval rubio? ¿Cómo... cómo sabes que se refería a mí?

-Pues porque me ha dicho que tenías el pelo corto, abrigo negro y pantalones vaqueros; y que ibas a pasar por aquí en unos segundos...

-¿¿Por dónde ha ido él??

-Ha entrado en la biblioteca- contestó, señalando la puerta.

Sin siquiera dar las gracias, corrí como una exhalación hacia allí. Me encontraba totalmente desconcertada: la situación cada vez resultaba más extraña. ¿Quién sería ese chico? Porque estaba claro que me intentaba ayudar; tantas casualidades resultaban sospechosas. Y de repente tuve una idea, una especie de premonición. Algo en mi interior me gritaba que había averiguado la identidad de Adrián de la Fuente. Y que Adrián no podía ser otro que aquel chico. No tenía fundamentos con los que argumentar, pero por alguna razón, lo sabía.

No lo encontré en la biblioteca, y eso que bajé al sótano y anduve vagando entre las filas de estanterías, incluso entré en la sala anexa de préstamo de películas. En algún momento debió salir mientras yo seguía dentro.

Algo más tarde, Cristina me llamó al móvil. Por lo visto ya había logrado entrar en el expediente de Adrián, y procedió a darme los datos más relevantes. Había nacido en 1986 y cursó primero y segundo de Periodismo en la universidad entre los años 2004 y 2006, por lo que nunca repitió curso. Al contrario, en su expediente eran frecuentes las matrículas de honor, y había ganado dos años consecutivos un concurso de fotografía. Residía en Madrid, y había estudiado el Bachillerato en un instituto madrileño. Cristina me describió su foto; me dijo que era “rubio, muy guapo”. Eso me hizo afirmarme en mis suposiciones acerca de su identidad.

Sin embargo, no había información de los cursos posteriores, por lo cual se podía deducir que había abandonado la carrera –lo cual resultaba extraño, teniendo en cuenta su brillante expediente- o había cambiado de universidad en tercero. Eso desmentía absolutamente la acusación de Judit Rovira de que había copiado. Judit me había enseñado un trabajo que supuestamente era del año pasado, y el año pasado Adrián no estaba en la universidad. Tampoco Rovira era por entonces profesora de Historia del Mundo Actual, según pude averiguar hablando con Cristina. Me encontraba absolutamente anonadada; no podía entender por qué Rovira había mentido de esa forma, aunque sí la razón de que no lograra localizarla desde el día antes. La razón era que no quería que la localizase, porque era consciente de que acabaría descubriendo su mentira tarde o temprano. Pero, ¿qué ganaba ella con todo eso?

Ya contaba con datos suficientes para probar mi inocencia, pero me había implicado tanto en aquel asunto que encontrar a Adrián se había convertido para mí en algo personal. Quería saber qué se escondía detrás de todo aquello y por qué me habían metido a mí de por medio. Le pedí a Cristina el número de móvil que aparecía en la ficha de Adrián, al que intenté llamar nada más colgarla a ella. Pero me aparecía como “número no disponible”.

Así que, una vez más, me sentí estancada. La única pista que me quedaba era ese tal Emilio Rojas que había mencionado el supuesto Adrián. Y ante la ausencia de otros indicios, decidí buscar el nombre en el directorio digital de alumnos de la universidad. De nuevo, las palabras *0 resultados encontrados* pusieron mis nervios de punta. Pero entonces, se me ocurrió una idea: ¿y si Rojas no fuera un compañero de Adrián, sino un profesor? Rápidamente, volví a escribir el nombre en el directorio de profesores, y no pude evitar sonreír cuando en la pantalla apareció un resultado. Anoté el número de su despacho en mi agenda y me dirigí apresuradamente hacia el edificio de Ciencias de la comunicación, donde se encuentran todos los despachos de los profesores de la rama de Humanidades.

De camino hacia allí, volvió a sonarme el móvil. Era otra vez Cristina.

-¿Alicia?- dijo -Oye, mira, he estado hablando con un compañero que conocía a Adrián de la Fuente.

-¿Ah sí? ¡Estupendo! ¿Algo que deba saber?

-Sí, verás...

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

-¿Cristina?- dije -¿Sigues ahí?

-Sí... Está muerto.

Ahora fui yo la que se quedó muda.

-¿Muerto?- repetí, con un hilo de voz -¿Qué quieres decir?

-Murió a finales de segundo- me dijo -; es decir, se suicidó.

-¡¿Cómo?!

-Lo encontraron aquí, en la universidad. Se había drogado o algo así. Mi compañero sabe eso porque era un amigo bastante cercano, pero no ha podido contarme nada más. Por lo visto, el padre de Adrián no quiso que se aireara la noticia, y a la universidad tampoco le pareció buena idea.

-Ya- musité, intentando procesar la información -. Muchas gracias por todo, Cristina, me has ayudado un montón.

-Oye, todavía no me has dicho para qué buscabas a ese chico...

-La verdad es que no estoy muy segura. Cuando yo misma lo sepa, te contaré toda la historia.

Después de eso colgué. En mi acalorada mente, las ideas bullían y se desmentían unas a otras, intentando imponerse como verdaderas. Si el chico rubio que había creído Adrián no era él, ¿entonces quién era? ¿Y por qué me ayudaba? ¿Se habría enterado de la historia? ¿Rovira le había dicho que me ayudara? En aquel momento no entendía nada. Y sin entender nada, llegué al despacho de Rojas, que estaba abierto de par en par. Dentro, un hombre de barba pelirroja tecleaba en el ordenador. Golpeé la puerta para que se percatara de mi presencia.

-Disculpe... ¿es usted Emilio Rojas?- pregunté cuando levantó la mirada hacia mí.

-Sí, soy yo; adelante.

Tomé aire profundamente y me introduje en el despacho. Rojas me miraba con extrañeza, las cejas enarcadas.

-Usted dirá- dijo, rompiendo el incómodo silencio.

-Bien- hice una pausa para aclararme la garganta, y después continué -. Me llamo Alicia Martínez y soy estudiante de Periodismo en la universidad. Alguien me dijo que lo buscara a usted... que usted me podría hablar de un alumno que estuvo aquí hace años... Adrián de la Fuente.

Fui testigo directo de cómo cambió el color de las mejillas de aquel hombre después de mis palabras. Se había quedado lívido.

-Cierre la puerta, por favor- me pidió.

Obedecí y después, sin que él dijera nada, me senté en la silla que había frente a su escritorio. Rojas tenía el ceño fruncido y la mirada perdida en ninguna parte.

-Dígame, ¿la información le interesa para hacer algún tipo de reportaje?- me preguntó -Si es así, temo no poder ayudarla. El padre de ese chico nos prohibió airear la noticia, y nosotros no estamos capacitados para...

-No, no; escuche, yo hasta ayer no sabía nada de Adrián de la Fuente ni me interesaba en modo alguno. Pero una profesora me acusó de copiar un trabajo que supuestamente él había redactado el año pasado para la misma asignatura, así que intenté ponerme en contacto con él. Y ahora...

-Es imposible que Adrián redactara ningún trabajo el año pasado- dijo Rojas -; porque el año pasado *estaba muerto*.

-Lo sé.

-¿Y qué más sabe?

-No mucho más, solo me han dicho que se suicidó...

-Así es; lo encontraron una mañana, en la biblioteca de Humanidades. Había pasado allí la noche... Cuando lo vieron llevaba ya unas horas muerto. Se había tomado una sobredosis de somníferos. Padecía de insomnio y se los habían recetado, pero los usó para... ya sabes.

No me atreví a decir nada. Todo sonaba demasiado horrible. Rojas continuó hablando:

-Ninguno nos lo esperábamos, sinceramente. Era un alumno excelente, un chico majísimo, sus compañeros lo querían; le apasionaba la fotografía, incluso llegó a publicar algo suyo... Y de repente, ocurrió.

Un pesado silencio se impuso entre nosotros. Rojas se enjugó la frente con un pañuelo y me miró a la cara por primera vez en varios minutos.

-Fue Rovira la que te metió en todo esto, ¿verdad?

-¿Cómo lo sabe?- me atreví a preguntar.

-Cuando diste con el expediente de Adrián, ¿no te fijaste por casualidad en su segundo apellido?

Le sostuve la mirada, desconcertada. Rojas arrancó una hoja de un bloc que había sobre la mesa y escribió algo. Después, me lo mostró. Había escrito un nombre:

Adrián de la Fuente Rovira

-Ese era su nombre completo- susurró.

En ese instante todo empezó a tener sentido para mí. Me había quedado abstraída mirando la hoja de papel, preguntándome cuál era la pieza que faltaba.

-¿Cómo sabía...?- comencé.

-Judit Rovira nunca asumió el suicidio de su hijo- explicó -. Estuvo muchos meses bajo tratamiento psiquiátrico, y jamás aceptó la decisión de su marido de no remover el asunto. Se divorciaron poco después de ocurrir la desgracia. Cuando se recuperó, Judit hizo lo imposible por entrar en la universidad, y al fin este curso ha conseguido que la contraten como suplente, digamos que se ha hecho "la vista gorda".

-Pero, ¿qué interés tenía por entrar en la universidad?

-Fue donde murió su hijo. Judit está convencida de que no se suicidó, sino que... le asesinaron. Alguien de aquí, ¿entiendes? Necesitaba estar aquí para investigar por su cuenta algo que su marido quiso enterrar en el olvido. Pero no podía hacerlo por sí misma; no convenía llamar la atención de su identidad de madre de Adrián, teniendo en cuenta sus antecedentes psiquiátricos. Así que te eligió a ti; seguramente porque estuvo

observándote un tiempo y le pareciste inteligente, o especial, o ambas cosas; y entonces inventó esa excusa del trabajo para que tú te interesaras por Adrián e investigaras, y volvieras a sacar a la luz su nombre, y entonces tal vez alguien más se interesaría por su muerte y se volvería a abrir la investigación... Absurdo, pero era su esperanza.

-¿Y usted cómo sabe todo esto?- pregunté.

-Porque me lo confesó todo hace casi un mes. Intentó que la ayudara a reabrir el caso; me conocía porque por lo visto yo fui el profesor favorito de Adrián, y hablaba mucho en casa sobre mí. Yo supe que ella todavía no lo había superado. Le dije que comprendía su dolor, pero que no podía ayudarla. Y no le conté a nadie todo esto porque sentí mucha compasión... Ahora entiendo que fue un error. Esa mujer no está bien.

Después de las palabras de Rojas, tuve la sensación de encontrarme muy lejos de allí, a solas con mis propios pensamientos. Por eso cuando el profesor volvió a hablarme tardé unos segundos en reaccionar.

-Dime, Alicia, ¿quién te ha recomendado que vengas a verme? Solo se me ocurre una persona...

-Pues... un chico rubio, muy delgado, un poco más alto que yo...

-Sabía que tenía que haber sido él- dijo Rojas sonriendo.

-¿Le conoce?

-Claro; no puede ser otro. El mejor amigo de Adrián desde primero: Alberto Espinosa. Creo que no ha terminado la carrera... Pero él tampoco llegó a asumir nunca el suicidio de Adrián; seguramente está en contacto con Judit y ambos planificaron todo esto.

-¿Y usted?- pregunté -¿Usted cree que realmente pudo suicidarse?

Rojas me miró a los ojos, muy serio, y tardó unos segundos en contestar.

-No lo sé- dijo finalmente.

Después vi cómo se levantaba y rebuscaba algo en los cajones de un armario que había situado junto al escritorio. Yo todavía seguía impresionada por el desenlace de aquel macabro entramado. Rojas dio con una carpeta y volvió a sentarse. Empezó a sacar papeles de la carpeta y al final dio con una fotografía, que observó unos instantes, sonriente, antes de depositarla sobre la mesa.

-Fíjate, esta foto la sacaron durante una exposición en mi clase, unos meses antes de la tragedia- dijo -. Yo les daba una asignatura de Publicidad, ¿sabes? Míralos, ahí están los dos; eran inseparables.

Contemplé a los dos chicos de la foto: ambos eran rubios y tenían estaturas y complexiones similares. Pero Adrián tenía más cara de niño, tal vez debido a todas las pecas repartidas por su cara, o a la picardía que destilaban sus ojos castaños. No podía creer que aquella risueña criatura hubiera sido capaz de quitarse la vida. Y a su lado... ahí estaba él: Alberto Espinosa. Sereno, altivo, clavándome su mirada de aquel azul radiante que estremecía.

-Sí; fue él quien me condujo hasta usted- confirmé, señalándole en la foto.

Rojas se incorporó en su silla, con un brillo extraño en los ojos, y abrió la boca varias veces para decir algo, pero era como si se hubiese quedado mudo.

-¿Estás segura de eso?- logró articular.

-Al cien por cien- respondí, desconcertada al contemplar su mirada desorbitada y la insólita palidez que parecía haberse extendido por su rostro -. ¿Por qué? ¿Qué pasa?

Rojas tuvo que tomar aire profundamente varias veces antes de responderme:

-Porque Alberto es el otro.

Esta vez, sentí cómo mi sangre abandonaba lentamente mi cuerpo. Ingravidez, sueño, lejanía...

El presente relato puede servir para justificar el hecho de que en todo este tiempo no haya sido capaz de olvidar aquel nombre, y mi absoluta certeza de que lo recordaré siempre. No creo en las palabras vacías. Detrás de cada una de sus letras se esconde un secreto, una sonrisa o una mirada; una vida. Y al contrario que las personas, los nombres sí pueden desafiar al tiempo e incluso vencerlo.